

LA EDUCACIÓN FRANCISCANA COMO UN AGENTE DE CAMBIO

Fray Michael A. Perry, OFM, Ministro General

Quinta Reunión de los Centros Franciscanos de Educación Superior en América y España
Curitiba, Brasil – Noviembre 30-Diciembre 3, 2015

Estimados hermanos e hermanas,

¡Que el regalo de la paz del Señor esté con ustedes! ...

En ocasiones, la educación franciscana es caracterizada como un matrimonio del intelecto y el afecto, una unión de la cabeza y el corazón. Con seguridad, cabeza y corazón son los “órganos vitales” de cualquier empresa académica que reclamaría el manto de san Francisco. Sin embargo, ¿no se está olvidando en esa fórmula clara algo que es esencialmente franciscano? Para Francisco, no era suficiente hacer reflexiones profundas o incluso sentir una gran compasión. Él insistía en que esas reflexiones profundas y esos sentimientos compasivos tenían que expresarse con acciones. Francisco tenía una inclinación decidida a favor de los hechos. Rechazaba aprender por aprender. Y ciertamente no tenía tiempo para la religiosidad abstracta o las buenas intenciones que morían en la enredadera de la laxitud moral. Estaba convencido de que sin acciones concretas, nuestras nobles ideas son simples fantasmas y nuestros santos deseos son apenas ilusiones. Era aficionado a resaltar que “una persona es solamente tan estudiada como sus acciones lo demuestran; y un religioso es solamente tan predicador como sus acciones lo demuestran”. Además, insistía en que si y solamente si los discípulos de Cristo “lo hacen nacer a través de una actividad santa”, la palabra de Dios se convertirá de nuevo en carne en nuestra carne y hará una diferencia real en nuestro mundo. De ese modo, una educación genuinamente *franciscana* debe estar orientada a la praxis: trabajar, hacer buenos trabajos y trabajar en transformar al mundo. Algunas ideas sobre cada uno de estos aspectos.

Trabajar. En el *Testamento* que dictó en su lecho de muerte y en el cual revisó los elementos esenciales de su viaje espiritual, san Francisco escribió: “Trabajé con mis manos y todavía deseo trabajar; y sinceramente deseo que todos mis hermanos se dediquen al trabajo honesto”. Francisco está convencido de que el trabajo es una

gracia. Es un regalo dado por Dios. Ahora, algunas personas a duras penas creen eso: los que se aterran con el sonido de la alarma del reloj en la mañana; los que cuentan los días, las horas y los minutos antes de sus próximas vacaciones; los que viven para el fin de semana y esperan impacientes la fecha más temprana posible para poder jubilarse con todos los beneficios. Para estos trabajadores desdichados, el trabajo es una maldición. Sin embargo, Francisco tenía una perspectiva diferente. Él hablaba de la “*gracia del trabajo*”. En su *Regla Bulada A* escribió para sus frailes: “Los hermanos a quienes el Señor ha dado la *gracia de trabajar*, trabajen fiel y devotamente, de tal suerte que, desechando la ociosidad . . . no extinguen el espíritu de la santa oración y devoción, al cual todas las cosas temporales deben servir”. Para Francisco, el trabajo era un regalo, una bendición, un camino a la santidad, una manera práctica y concreta de demostrar el amor hacia Dios y al prójimo. No sólo era el “trabajo de iglesia” o las profesiones dedicadas a brindar ayuda lo que Francisco consideraba una actividad llena de gracia. Estaba convencido de que cualquier clase de trabajo honesto puede ser una bendición para la vida espiritual de una persona y un beneficio para sus hermanos y hermanas. Cualquier clase de trabajo humano, cuando se realiza en el espíritu del predicador y la devoción, puede convertirse en el trabajo de Dios, nuestra única manera de unirnos a Dios en la tarea continua de la creación, como el santo Juan Pablo II nos lo recuerda en la encíclica sobre la dignidad del trabajo humano, *Laborem Exercens* (14 de septiembre, 1981).

Yo creo que los educadores franciscanos deben evitar la superficialidad del cuento de hadas de que la educación es un fin en sí misma y que toda conversación sobre preparar a sus estudiantes para un trabajo en el mercado laboral está de un modo u otro por debajo de su dignidad profesional y docente. Sin embargo, ¿qué puede ser más digno que afirmar la dignidad del trabajo y la dignidad del trabajador, de todos los trabajadores, no solo aquellos que trabajan en cargos de oficina y detentan posiciones prestigiosas en la sociedad? ¿Qué puede ser más digno que exponer y disponer a hombres y mujeres jóvenes a la “gracia del trabajo”? En verdad, es muy “franciscano” ayudar a sus estudiantes a prepararse para el trabajo de su vida, a adquirir una ética laboral sólida, a sentirse orgullosos de su trabajo y a respetar el trabajo de los demás, sea el trabajo de quien limpia casas o un constructor

de viviendas, de un granjero o el trabajador de una fábrica, de un barrendero o un neurocirujano.

Hacer buenos trabajos. En el mismo capítulo de la *Regla* franciscana que se refiere al trabajo, Francisco también dice: “Dejemos que todos los hermanos siempre se esfuercen por hacer buenos trabajos”. En ese sentido, como en todos los demás, establece un nivel alto para los frailes con su propio ejemplo. Las manos que repararon capillas destruidas al lado del camino alrededor de la ciudad de Asís, fueron las mismas manos que tocaron lo intocable en la sociedad medieval: los leprosos. Francisco atendió a aquellos a quienes la enfermedad que los desfiguraba los ponía al margen de la sociedad. Cambió las vendas de las heridas de los leprosos y buscó almas que los sostuvieran. Abrazó sus cuerpos debilitados y afirmó su dignidad humana, tantas veces abusada. Los primeros frailes franciscanos salieron de las murallas protectoras de Asís y entraron en estrecha cercanía con las colonias de leprosos en donde Francisco y sus hermanos estaban en casa, entre los que no tenían techo (cf. Michael Cusato, OFM, “Wall-to-Wall Ministry: Franciscan Ministry in the Cities of Thirteenth-Century Italy,” *True Followers of Justice: Identity, Insertion and Itinerancy among the Early Franciscans*. **Spirit and Life**, 10, St. Bonaventure, NY: Franciscan Institute Publications, 2000, pp. 31-61) y donde Francisco escribió estas palabras desafiantes a sus seguidores de toda época y lugar: “Dejemos que todos los hermanos. . . se regocijen cuando vivan entre la gente considerada de poco valor y que es mirada con desprecio, entre los pobres y desvalidos, los enfermos y los leprosos, y los pordioseros al lado del camino”. Como mencioné antes, esas experiencias de estar y vivir con los pobres, los marginados y los parias de la sociedad pueden ser profundamente transformadoras. Ciertamente lo fueron para Francisco. Ellas pueden cambiar nuestros valores. Pueden cambiar nuestras metas y prioridades en la vida. Pueden cambiar nuestra perspectiva sobre las estructuras económicas y sociales que nos dan forma y nos deforman. Pueden cambiar el entendimiento que tenemos de nosotros mismos, de nuestro mundo y de nuestro Dios. Ese es el por qué las *oportunidades de aprendizaje en el servicio* deben ser un componente esencial de una educación genuinamente franciscana, de manera que “los pobres y los desvalidos, los enfermos y los leprosos, y los pordioseros al lado del

camino” les puedan enseñar a sus estudiantes las lecciones más importantes de la vida.

Finalmente, trabajar en transformar al mundo. Muchos de ustedes están familiarizados con un incidente de los primeros días de la conversión de Francisco a una forma de vida en el evangelio. Sin certeza sobre la dirección que su propia vida estaba tomando y buscando la guía de Dios, Francisco oró ante el crucifijo que colgaba de la iglesia de san Damián, una pequeña capilla, en ruinas, al lado del camino, justo en las afueras de las murallas de Asís. Cuando observaba la figura de Cristo sufriendo, escuchó una voz que le decía, “Francisco, repara mi iglesia, pues ya ves que está en ruinas”. Con su tendencia a favor de la acción por encima de la simple intención, Francisco tomó las palabras literalmente. Consiguió un martillo de carpintero y una espátula de albañilería y comenzó a reparar el desvencijado santuario.

Con el tiempo, claro, Francisco comenzó a entender que el proyecto de construcción al que Dios lo estaba invitando era cada vez más grande que la renovación de una iglesia. Algunos estudiosos franciscanos en la actualidad argumentarían que el proyecto de construcción concebido por el hombre en la Cruz fue incluso mucho más grande que la renovación y reforma de la Iglesia descrita en el credo como “una, santa, católica y apostólica”. La “casa de Dios” es más que un templo y más que la comunidad de creyentes cristianos. Es nada menos que el mundo, la creación buena de Dios. Eso es lo que ha “caído en ruinas”. Eso es lo que se necesita reconstruir. Eso es lo que requiere toda la sabiduría y el conocimiento, todas las destrezas y los talentos, toda la energía y el entusiasmo, toda la pasión y compasión de sus estudiantes. Por último, eso es para lo que ustedes los están preparando: aplicar lo que han aprendido bajo su tutela para reconstruir la casa de Dios, la transformación del mundo de Dios, la remodelación de la creación de Dios, de manera que refleje más claramente la integridad, justicia y paz del plan y el propósito creativo de Dios.

...

Muchas gracias y que ustedes y sus estudiantes sean bendecidos con los dones de “la paz y el bien”.